

{Eco y Narciso}

Narciso volvió a cazar por aquellos montes y, cansado del ejercicio, quiso reponer fuerzas. Sus pasos lo condujeron hasta una fuente de aguas transparentes, donde jamás había abrevado ningún animal. La rodeaban árboles frondosos, de modo que ni los rayos de sol se habían bañado nunca en ella ni las hojas de los árboles le habían caído encima: nada había hecho temblar la superficie de esa agua, tersa como un espejo de plata. Narciso se inclinó para beber, y la visión de su imagen lo paralizó: un muchacho de cabellos brillantes, ojos que refulgían como dos astros, mejillas sin rastro aún de vello y una boca cincelada y rojísima le miraba con asombro. El amor lo fulminó. Intentó besar la imagen adorada innumerables veces, rodear con los brazos aquel cuello largo de marfil, pero, para su desesperación, Narciso solo besaba y abrazaba el agua escurridiza.



Al principio pensó que su imagen era, en realidad, el cuerpo de otro joven, y le hablaba de esta manera:

—Sal de ahí, quienquiera que seas. Has de saber que yo también soy digno de amor, que hasta las mismas ninfas me adoran y persiguen.

Poco a poco, empezó a perder el juicio:

—No finjas rechazarme, pues sé que lloras al verme llorar a mí y que tú también me tiendes los brazos... ¿Por qué no logro oír lo que tus labios hermosos, sin duda, quieren decirme?

Finalmente, se dio cuenta Narciso de que la imagen que lo había hecho enloquecer de amor era su mismo reflejo:

—¡Soy yo a quien adoro! Aléjate, yo mismo, de mí (...)

25 AÑOS
LIBROS
A LA CALLE



Leer para
contarlo

Beatriz
Giménez de Ory
(1972)
Premio
Nacional
de Literatura
Infantil
y Juvenil 2021
*Un hilo
me liga a vos*

Ilustración:
Paloma
Corral



librosalacalle.com